

## DOS AMIGOS ENTRAÑABLES

Eloy López Gurría  
Socio de AMUEZ



Quizás el destino tuviera algo que ver, o quizás no, pero es seguro que esa extraña coincidencia no pudo ser fruto de la casualidad, de una casualidad que parecía programada minuciosamente.

El fuego racheado de los rebeldes cubanos les hizo esconder la cabeza hasta lo más profundo de la embarrada trinchera, anegada por la tormenta del día anterior. El miedo atenazaba sus miembros y hacía tiritar sus dientes, con un repiqueo constante. Los habían cogido por sorpresa y estaban a punto de pagarlo caro. Entre las ralas cañas de azúcar, arruinadas por la guerra, brotaban inmisericordes los disparos de los insurrectos. No se miraron hasta pasado mucho tiempo de estar pegados a la arcillosa tierra que sabía a sangre enmohecida.

Cuando se apaciguó la insistente balacera, se dieron cuenta que, después de la carrera por cobijarse e intentar salvar el pellejo por encima de todo, habían caído el uno casi encima del otro; pero fue la blasfemia que, en voz en grito, pronunció Ricardo la que dio constancia a Manuel de que alguien vivo estaba a su lado, además de identificar la localidad de procedencia de este extraño compañero de batallas, muy conocido en el batallón por el arrojo y falta de sentido común que demostraba en la lucha a cuerpo con la bayoneta calada. El insulto y deposición a la Virgen de Monlora lo situaba entre los pueblos de Sierra de Luna.

Cuando el corazón de Manuel empezó a latir sin atropellos, se atrevió a preguntar a Ricardo por su procedencia y la casualidad lo llenó de alegría y desconcierto en partes iguales: los dos hombres eran del mismo pueblo y no se conocían.

Ricardo Mengual Aranda, alias "Richi", era hijo de D. Jacinto Mengual, de casa Mengual, una de las familias más ricas del pueblo. Había intentado formarse desde muy joven en los mejores colegios europeos, pero su afición por todo lo prohibido solo le permitió licenciarse, con nota alta, en la universidad de la calle. Jaranero y vividor: derrochó todo lo que cayó en sus manos. Después de agotar las consiguientes prorrogas por estudios, se tuvo que incorporar a filas. Como castigo su padre no quiso liberarlo de la obligación del servicio militar en la colonia americana.

Manuel Pimentel Gómez, jornalero cuando había jornal, pobre desde el parto, esclavo ocasional, y hambriento las más de las veces. Estaba en Cuba, luchando en una guerra que nada le importaba, por ganarse las dos mil pesetas que le ofrecieron por sustituir en el Servicio Militar a un muchacho de clase acomodada del pueblo vecino.

Surgió afinidad entre ellos casi desde el momento en que se vieron. Cada uno descargó el peso de su conciencia sobre la razón del otro, de tal manera que las añoranzas del rico llenaban

los vacíos del pobre, en un complementarse continuo en el que se enriquecían mutuamente.

Lucharon juntos contra las guerrillas mambises y las enfermedades: las unas mataban por sorpresa y las otras lentamente con fiebres altísimas y dolores difíciles de soportar. Sufrieron con entereza las tácticas erróneas de sus mandos, que causaron el odio de los indígenas hacia aquellos españoles que maltrataban sus familias y quemaban sus hogares y cosechas; pero cuando todo se perdió, y la derrota minó la moral de los soldados, juntos volvieron cantando, con entereza, por haber sobrevivido a semejante desastre; y juntos volvieron al pueblo en el que habían nacido, pero su alegría se trocó en amargura pues mentes sibilinas no comprendieron una relación que según ellas estaba allende de lo moralmente aceptable.

A pesar de las incomprensiones, su amistad perduró a través de los años, viviendo juntos, como hermanados, en una continua querencia como si no hubiera mañana; y cuando la edad los venció, en uno de sus excesos alcohólicos, que utilizaban como terapia contra la soledad y tristeza propias de la edad, tomaron la decisión de que el primero que muriera, si el más allá existía, enviaría una carta al otro para explicar los pormenores de lo que en la otra orilla ocurría.

Ricardo Mengual, fue el primero en dejar este mundo, con una edad difícil de superar, dejando desamparado a Manuel Pimentel, pero con la esperanza de recibir carta de su amigo una vez que se instalara en la otra dimensión.

Influenciado por las narraciones de Ricardo sobre culturas y mitos de la antigüedad y previendo que tal vez fueran fiables esas creencias, Manuel colocó una moneda en la boca de su difunto amigo para poder pagar a Caronte, el barquero del Hades, en su travesía del río Aqueronte, llevando el alma de Ricardo hacia la eternidad del infinito. Nada perdía con hacerlo, pues podía ser complemento y ayuda para lograr una rápida inserción en el más allá.

El escándalo no se hizo esperar. "Un Pesetón Alfonsino, una preciada y valiosa moneda de plata para pagar a no se sabía quién. Una locura más de estos descentrados", fue el rumor más extendido por todo el pueblo. El cura lo trató de hereje y las fuerzas vivas del pueblo lo llamaron loco e inconsciente, pero la moneda no se movió de la boca y así fue enterrado Ricardo.

A los seis meses justos, Manuel, recibió la esperada carta de su amigo, contándole las maravillas del más allá y lo bien instalado que estaba, describiendo las bellezas ocultas en los maravillosos Campos Elíseos, con remansos de paz, concordia y armonía, esperando con ansiedad su llegada.

Manuel, loco de alegría, quiso celebrar la misiva de su amigo y, como en las grandes ocasiones lo hacía con él, se corrió una juerga senil, en la que se excedió con el vino. A la mañana siguiente, sin haber perdido ni un ápice de su ilusión, Manuel dejó este mundo con la esperanza de reunirse con su amigo Ricardo y gozar de las maravillas eternas.

Nunca se supo cómo pudo llegar esa carta. En la mentalidad de algunas personas de fe ofuscada pudo creerse que fue enviada por el alma de Ricardo. Las gentes del pueblo quedaron respetuosamente cohibidas y desconcertadas. ¿Sería verdad lo del barquero y él mismo, en uno de los viajes de regreso del Hades, se encargó de tramitar la epístola?